

cerca de la calle Edgware

7

cabezas juntas, y unos cuantos hombres solitarios que llevaban como él el mismo uniforme del impermeable barato. Estaban diseminados a intervalos, como cadáveres; y nuevamente volvió la obsesión de Craven, el dolor de muelas del terror. Pensó angustiado: "Estoy enloqueciendo; los demás no sienten estas cosas". hasta un teatro abandonado le recordaba esas interminables cavernas donde los cadáveres esperan la resurrección.

"Esclavo de la pasión, Augusto pide más vino".

Un obeso y maduro actor teutón yacía sobre un codo en un diván, abrazado a una vasta mujer. La Canción de Primavera tintineaba ineptamente, y la pantalla fluctuaba como una indigestión. Alguien se acercó tanteando en la oscuridad, tropezando con las rodillas de Craven; era un hombre bajo. Craven experimentó la desagradable sensación de una larga barba que le acariciaba la boca. Luego oyó un profundo suspiro, mientras el recién llegado se ubicaba en el asiento contiguo; en la pantalla los acontecimientos habían adelantado con tal rapidez que Pompilia ya se había matado con un puñal -por lo menos, eso supuso Craven- y yacía inmóvil y opulenta entre sus lacrimosas esclavas.

Una voz fatigosa y baja suspiró cerca de la oreja de Craven:

-¿Qué paso? ¿Está durmiendo?

-No. Está muerta.

-¿Asesinada? -preguntó la voz, con intenso interés.

-No creo. Se suicidó.

Nadie chistó; nadie estaba tan interesado como para reprochar una conversación; los espectadores yacían en sus diversos asientos en actitudes de cansada distracción.

La película no terminaba allí; había que considerar todavía ciertas criaturas; ¿continuaría todo en la segunda generación? Pero el hombrecito barbudo sentado junto a Craven sólo parecía interesarse en la muerte de Pompilia. El hecho de haber entrado en ese momento parecía fascinarlo. Craven oyó dos veces la palabra "conciencia"; el viejo siguió hablando solo, con voz baja y anhelante. "Pensándolo bien, ¡qué absurdo!", y luego: "nada de sangre". Craven no escuchaba; seguía sentado con las manos apretadas entre las rodillas, analizando el hecho que tantas veces había considerado: que corría el riesgo de volverse loco. Tenía que hacer un esfuerzo, tomarse unas vacaciones, ver a un médico (Dios sabía qué infección corría por sus venas). Advirtió que su vecino le hablaba.

-¿Qué? -le preguntó impaciente-. ¿Qué decía?

-Que usted no puede imaginarse la cantidad de sangre que habría.

-¿A qué se refiere?

Cuando el hombre le hablaba, lo rociaba con su aliento húmedo. Había en su voz una pequeña burbuja, algo como un impedimento.

-Cuando uno mata a un hombre... -dijo.

-Ésta era una mujer -dijo Craven con impaciencia.

-Es lo mismo.

-Y esto no tiene nada que ver con un asesinato, por otra parte.

-No importa:

Parecían haberse internado en una absurda e insensata disputa en la oscuridad.

-Yo sé, ¿sabe? -dijo el barbudo con un tono de enorme orgullo.

-¿Sabe qué?

-Cómo son esas cosas. dijo con cautelosa ambigüedad.

Graven se volvió y trató de verlo más claramente. ¿Estaría loco? ¿Sería esto un anuncio de lo que podía ocurrirle a él? ¿Algún día se dedicaría a murmurar palabras incomprensibles a los desconocidos en los cinematógrafos? Mientras trataba de seguir la película, pensó: "No, por dios; no me volveré loco todavía. No me volveré loco nunca". No podía distinguir nada, excepto la mancha negra del cuerpo de su vecino, como una bolsa. El hombre había empezado nuevamente a hablar consigo mismo. Decía: "Charla, tanta charla. Dirán que fue por las cincuenta libras. Pero es mentira. Hay motivos y motivos. Siempre se conforman con el primer motivo. No buscan nunca más allá. Treinta años de motivos. Son tan simples", agregó finalmente con el mismo tono de anhelante ilimitado orgullo. Así que esto era la locura. Mientras pudiera darse cuenta de ello, sería cuerdo... relativamente hablando. No tan cuerdo quizás como los judíos del parque o los guardias de la calle Edgware, pero más cuerdo que esto. Era como un mensaje de estímulo, mientras el piano seguía tintineando.

Luego el hombrecito se volvió hacia él y nuevamente lo roció: "¿Se mató, dice usted? Pero, ¿quién puede saberlo? No basta saber qué mano sostenía el cuchillo". Repentina, y confiadamente apoyó su mano sobre la de Graven; una mano húmeda y pegajosa. Al comprender el posible significado de sus palabras, Graven dijo horrorizado:

-¿De qué está usted hablando?

-Yo sé -insistió el hombrecito-. Un hombre en mi posición llega a saber casi

todo.

-¿Cuál es su posición? -dijo Graven, sintiendo sobre la suya la mano pegajosa; quizá se estaba portando como un histérico; después de todo, había decenas de explicaciones; podía ser alquitrán.

-Una posición que a usted le parecería bastante desesperada.

A veces, la voz se le ahogaba completamente en la garganta. Algo incomprensible había ocurrido en la pantalla; quita uno un momento la mirada de esas películas antiguas, y el argumento avanza hasta volverse irreconocible. Sólo los actores se movían lentamente y a sacudidas. Una joven en camión parecía llorar en brazos de un centurión romano. Craven no había visto antes a ninguno de los dos. "No temo a la muerte, Lucius, en tus brazos".

El hombrecito comenzó a reírse burlescamente, con aire de entendido. Otra vez hablaba solo. Hubiera sido fácil no prestarle ninguna atención, si no hubiera sido por esa mano pegajosa que ahora había retirado. Parecía estar tanteando el asiento frente a él. Tenía la costumbre de dejar caer la cabeza repentinamente hacia un costado, como un retardado. Dijo clara e insólitamente: "La tragedia de Bayswater".

-¿Qué es eso? -preguntó con sequedad Craven. Había visto esas palabras en un diario, antes de cruzar el parque.

-¿Qué?

-Eso de la tragedia.

-Pensar que a Cullen Mews lo llaman Bayswater.

De pronto, el hombrecito comenzó a toser, volviendo la cara hacia Craven y tosiéndole encima; parecía una venganza. Luego dijo con voz cascada:

-¿Dónde está? Mi paraguas.

Se levantó del asiento.

-Usted no tenía paraguas.

-Mi paraguas -repetió-. Mi... -y pareció perder definitivamente la palabra. Salió tropezando con las rodillas de Craven.

Craven le dejó salir, pero antes de que tuviera tiempo de llegar hasta las ondulantes y polvorientas cortinas de la salida, la pantalla apareció vacía e iluminada; la película se había cortado, y alguien encendió inmediatamente una araña cubierta de tierra, que pendía en medio de la sala. La luz era suficiente para que Craven pudiera ver las manchas de sus manos. Esto no era histeria; esto era un hecho. No estaba loco; había estado sentado al lado de un loco que en algún lugar... ¿cómo se llamaba, Colon, Collin...? Craven se levantó de un salto y salió; la cortina negra le golpeó la cara. Pero ya era demasiado tarde; el hombre se había ido, y tenía tres esquinas para elegir. Eligió en cambio una casilla telefónica y marcó, con una sensación curiosa de cordura y decisión, el 999.

No tardó más de dos minutos en dar con la sección que buscaba. Se mostraron interesados y muy atentos. Sí había habido un crimen en Cullen Mews. Había degollado a un hombre de oreja a oreja con cuchillo de cortar pan; un crimen horrible. Craven empezó a decirles que había estado sentado al lado del asesino en un cinematógrafo; no podía ser otra persona; todavía tenía las manos manchadas de sangre; y mientras hablaba, recordó con repugnancia la barba húmeda. Pero la voz de Scotland Yard lo interrumpió.

-¡Oh, no! -decía-, tenemos al asesino... de eso no cabe duda ninguna. Es el cadáver, lo que ha desaparecido.

Craven colgó el receptor. Se dijo en voz alta: "¿Por qué tenía que sucederme esto a mí? ¿Por qué a mí?" Volvió a penetrar en el horror de su sueño; la escuálida y oscura calle era uno de los sinnumerables túneles que comunicaban las tumbas donde los cuerpos imperecederos yacían.

"Fue un sueño", se dijo, y al apoyarse en la pared vio en el espejo, arriba del teléfono, su propia cara rociada por diminutas gotitas de sangre, como el rocío de un perfumeo. Comenzó a gritar.

-No quiero volverme loco. No quiero volverme loco. Estoy en mis cabales. No quiero volverme loco.

Una pequeña multitud empezó a reunirse, y pronto acudió un policía.

GRAHAM GRENE (Inglaterra 1904-1991). Ha publicado: «A través del puente», «El poder y la gloria», «Campo de batalla», «El ministerio del miedo», «El americano imposable», «Inglaterra me hizo así», «Nuestro hombre en La Habana» y «El Agente confidencial».